



LA NENA DE NAVIDAD

La nena, rubia como un rayo de sol en primavera se ha cansado de preguntar por el papá. Casi lo ha olvidado. En la época feliz de la infancia el olvido es fácil y la vida corre como un ensueño.

Su mamá se ha puesto más cariñosa; pero sus labios plegados casi siempre, apenas sonrían.

—¿Por qué rezará tanto la mamá?

Esta pregunta se la había formulado Isabelita, cuando, cansada de orar, se dormía sobre el regazo maternal.

Su madre lloraba mucho.

Se había vestido de negro como la vecina que era viuda. La vecina era viuda porque don Pascual, el esposo, un hombre muy bueno con los niños, había muerto.

Isabelita presenció la llegada del carruaje de la funeraria con su urna de cristal, su caja barnizada de negro, sus rollizos ángeles de madera negros también, iguales los caballos; sólo eran blancos los muchachos que conducían la carroza.

Margarita y Rosita sus amiguitas, las hijas

de la vecina habían llorado mucho. Isabelita había sentido el malestar de las fechas tristes y había llorado con sus amiguitas que, hacía tiempo, no salían a jugar.

Pero unas palabras de la vecina viuda la habían herido terriblemente:

—¿Por qué nos dejas? llévanos que moriremos de abandono!

Ella esperaba que el muerto, don Pascual, se levantara de la caja mortuoria y la abrazara a su esposa o la llevara. Ella sabía de varios resucitados; los había conocido en los cuentos... pero don Pascual no lo hizo...

Un día su papá despidióse de su esposa besándola mucho y llorando a la par, se abrazó en seguida a ella y la estrechó con tal fuerza que la hizo crujir su débil cuerpecito; mas Isabelita no gritó, fué valiente; adherida fuertemente al cuerpo de su padre, negóse a desasirse hasta que su mamá se lo mandó con energía...

Su padre se fué; entonces su madre, tomándola en sus brazos lloró mucho, mucho.

Desde el día siguiente empezaron las oraciones y la tristeza.

La niña se encontraba extraña al ambiente, desde la salida de papá la mamacita no reía. Ya no veía al ruidoso general Gay, que tenía unos bigotazos grises y unas arrugas tan cómicas... y que la tomaba en brazos obsequiándole dulces...

Ya no venía nadie.

¿Por qué?

—“...Ha llegado carta de Europa: están en el frente. Su marido está en el 4.º regimiento, en la primera fila de trinchera...”

—Las balas caen en tal proporción que parecen una lluvia de muerte...

—En las trincheras el agua está corrompida: la fiebre, las privaciones diezman la tropa; duermen sobre el lodo infecto... Hay balas enormes que matan sin herir...

La sangre corre a torrentes, la vida se confunde con el lodo, el dolor se queja estérilmente; muchos no alcanzan a ser socorridos... Los aeroplanos arrojan granadas terribles.

Es imposible salvar con vida. Mueren una suma fabulosa al día.”

Reunidas las vecinas leían estas correspondencias en voz baja, querían evitar que la niña se diera cuenta; pero ella sin comprenderlo sentía el peligro que las amenazaba, y sin poder precisarlo lo agigantaba enormemente.

—“Es imposible que salve”—dijo un día la mamá.

Había leído que el cuarto regimiento había sido deshecho.

Y desde aquel día se vistió un traje negro.

Era hermosa la mamá; joven, alta con aquella esbeltez sana que hace seductoras y delicadas a las mujeres; su sonrisa pícaro, su charla retonzo como gorjeo, su delicada insinuación aumentaban sus atractivos.

Ahora estaba pálida, en su cabeza había aparecido algún destello de blancura, sus pupilas tenían una expresión de trágica serenidad, y en sus labios y en su frente habían florecido las arrugas.

La niña la miraba sin hablar.



Ya no le preguntaba por el papá.

La miraba largamente, poniendo en sus miradas su alma, que era una interrogación. Nada contestaba la mamá. Aquella casa parecía haber envejecido; hasta los muebles antiguos parecían haber pronunciado más su vetustez.

La gran casa parecía un claustro perfumado de silencio y de dolor.

La vieja criada que la criara, también lloraba, y también sellaba sus labios... Nadie decía nada... nadie, nadie!

Nadie satisfacía esa angustia, esa inquietud de aquella rubia cabecita que parecía un ensueño de oro... nadie era capaz de segar la fuente de duda que destilaba su amargor sobre su vida de sensitiva.

Ya no llegaría el papá....



Diciembre avanzaba; la animación crecía: faltaban dos días para la Pascua.

—Mamá, ¿no iremos al Mes de María?

—No, hijita, después iremos.

Del templo cercano llegaban las vibraciones del metal y las de las almas místicas de los creyentes.

“Venid y vamos todos
con flores a porfía,
con flores a María,
que madre nuestra es.”

Y tan bien que cantaba Isabelita ese coro...!

Y luego, el señor cura era tan bueno, tan alegre, y cómo la quería. Ella se había puesto muchas veces, las gafas azules del pastor.

Era mala Isabelita.



Un día escondió el gato en la ancha manga del curita y él la besó por todo castigo.

Qué bueno era...

Varias veces había estado en la casa; pero silencioso, triste. Todos callaban; qué los pararía?

La nena enfermaba lentamente.



Las 12 de la noche del 24 de diciembre; las campanas echadas a vuelo tocan su himno inmortal evocando la mística leyenda de los siglos, y haciendo palpitar de júbilo el corazón de la humanidad cristiana.

A esa hora ha nacido el paladín que abriría la puerta de topacio del cielo, el Redentor de la humanidad. A esa hora la estrella de Belén bendecía y nimbaba con su luz las cabecitas de todos los niños gemelos de Jesús...

Hosanna, hosanna! Gloria a Dios... gloria a Dios... La suprema leyenda que llena los exhaustos corazones de alegría nueva, resucita; se alza potente a despecho de los siglos. Millones de niños de todo el mundo dan expansión a su ruidosa alegría; el mundo está unos minutos enfermo de alegría.



En la terraza exterior de la gran casa que con sus columnas de orden corintio evocara el Partenón rodeada de flores y doselada de luna, la mesita de Noche Buena recibe a esos dos seres silenciosos de duda y de dolor.

Ese año no debía faltar la cena de Navidad...

Pero esa cena no tendrá canciones; falta el papá.

La madre con las pupilas agran-

dadas por el asombro plasma la terrible visión de las trincheras. Un casco de granada, conducido por la muerte... fué a él... a él...!

Y llora amargamente, abrazada a su hija.

—¡El papá no vendrá!

Sigue el llanto. Lo ha desbordado la alegría de Navidad.



Un extranjero se ha detenido en la verja... Un extranjero que viste de soldado y que ostenta una pierna de palo.

Es el padre que, redivivo, llega al hogar palpitante de amor. Tembloroso todo el cuerpo que sale de los peligros supremos y que apenas resiste la santa emoción del momento.



—Ana, exclama, y su voz es como un suspiro...

—Ana... repite como un eco...

—Tú... habla la esposa, estallando en un supremo grito!

—¡El papá!

Y en el frenesí de aquel momento supremo, sin darse cuenta, se unen y enlazados en un abrazo eterno, confunden sus ternuras, sus alegrías y sus dolores...



Ya no había un sitio vacío en la mesita de Navidad rodeada de flores y doselada de luna... Jesús, la suprema alegría, había traído al hogar al papá...

ACEVEDO HERNANDEZ.